

nando (7). Y todo nace de una misma raíz de amor, y tan fuerte, que no hay maldad que le venza.

6. Quien de esto se maravillare tendrá razón, porque de igual a igual, de menor a mayor, fuera cosa maravillosa; y este amor de Dios al hombre es más que maravilloso. Mas quien, por parecerle cosa muy grande, no lo creyere, afrenta hace a Dios, pues, por ser su Corazón maravilloso, por eso no lo cree, siendo rastro propio para conocer las obras de Dios el ser tales que hagan maravillan a los que las conocen. Porque si Él es maravilloso, hanlo de ser sus obras; y si otras sí, estas del amor más, pues nacen de bondad, de cuya manifestación Dios más se precia y Dios más usa que de los otros atributos suyos: *Miserationes ejus, ait David (Ps., 144, 9), super omnia opera ejus.* ¡Pues cuán mal lo mira quien, por ser mucho lo que Dios hace, no lo cree; por ser mucho lo que promete, no lo espera; cotejando las cosas de Dios con la medida tan chica de su entender! No alcanza la Samaritana dónde o *de dónde* tenga Cristo agua (*Jn., 4, 11*), y gana de dar la que, quien la bebiere, no tenga más sed. Mas dice el Señor que *no sabe la mujer el don de Dios, ni quién es el que pide a ella fe y penitencia, y quiere darle el Espíritu Santo.* Y no faltan ahora hombres tan acobardados y flacos en la fe, que no puedan creer de Dios sino conforme a su propia pequeñez, puestos los ojos en su poco poder, poco merecer; y como animales de tierra, andan por ella, y así se quedan en ella. Mas quien a Dios mira, y dándonos su Hijo, que es su amor y amansamiento, contentamiento, y donde sus ojos se recrean, ¿qué cudarás de este Corazón, sino que le será propicio cuando le llama con penitencia, y piadoso cuando le hubiere menester? Pues quien esto conoce, y lo pide como lo debe pedir, puede esperar que lo tendrá; y con tenerlo, tiene todo bien, y no por qué temer, como esclavo sin amor.

7. Dése pues, V. S. prisa a amar a este Señor que tanto le ama, y tanto bien le tiene guardado. Y mire que si algún tiempo tuvo deseo de se enmendar y seguir al Señor, ahora lo renueve y acreciente. Porque dos veces mandó el Señor que circuncidasen a su pue-

---

(7) *Siempre es vencedora... perdonando.* Así la edición de 1595, que corrige a la de 1578, seguida por LA LECTURA.

blo: una cuando lo mandó a Abraham (*Gen.*, 17, 10), y otra cuando lo metiese Josué en tierra de promisión (*Jos.*, 5, 2). La primera significa cuando uno sale de la vida mala y mundana, y sigue el camino de la Ley de Dios, que es *el camino estrecho*, mayormente en los ojos del mundo. Y la segunda es, cuando Dios quiere llevar a uno a su reino, mándale que con nuevo fervor se mire, se enmiende, y cercene todo lo superfluo que es menester; para que, con alegría y limpieza, espere la corona de rey, que la bondad de Dios tiene aparejada a los suyos.

Use V. S. el confesar y comulgar, porque es la cosa que más consuelo y esfuerzo da, oír la sentencia de nuestra absolución, y recibir en nos a Jesucristo. Rezarse algo, y leer, y limosnas, y todo lo demás que nuestro Señor le inspirare.

8. Y hágame sabedor de cómo le va; y si le fuere a V. S. mejor de salud, quedarnos hemos con el buen estilo del ánima, y habremos sacado esfuerzo del miedo.

El Espíritu consolador, que por Jesucristo se da a los hombres que se aparejan, more en vuestra señoría, y le enseñe a agradar (8) a Dios, y lo guíe por camino derecho. Amén.

#### 19.—A UNA MUJER

*Trabajada de peligrosas tentaciones: avisale que se esfuerce a padecer; porque el fruto que se cogerá de los trabajos será grande si lo sabe llevar.*

1. ¡Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice el Señor Dios vuestro! Hablad al corazón a Jerusalén, y llamadla, porque cumplida es ya su pena y perdonada su maldad (*Is.*, 40, 1). Confiad, hermana, que estas palabras dicen a vos, y manda que os consoléis con su favor que os defiende, aunque los infernales poderes y adversarias maldades trabajen de os derribar. Porque si muy cuidadosos andan en perseguiros, más lo está Cristo en abrigaros y defenderos, y sacaros de la guerra llena de muchas coronas, más alegres, cierto, y de estimar, que es la tribulación que tenéis para lastimar. ¿Qué habéis? ¿Qué os lastima? ¿Qué os es-

(8) *a agradar*; así las ediciones de 1588 y 1595, que corrigen a la de 1578, *agradar*.

panta? Vuestro Dios es salud de estas llagas; no miréis a ellas; *y en el día que os las acabare de atar (Is., 30, 26), resplandecerá a vos un sol más luciente siete veces que el que antes de este trabajo os lucía.* Serán vuestras espirituales prosperidades muy aventajadas a las pasadas, pues lo que ahora padecéis es más amargo que lo pasado. Porque estas tales avenidas de angustias, víspera suelen ser de abundancia de espirituales regocijos; como las tribulaciones de Job (42) fueron mensajeros de doblada hacienda y descanso que Dios le dió. Amargólo, y después consolólo; probólo y coronólo; escondiósele un poco, mas después se le mostró más dulce que primero airado. Esta es la condición del Señor con los suyos; mortificalos aun hasta parecer que los mete en tormentos de infiernos; mas sácalos y alívalos sin que la ballena pueda retener ni empecer al que tragó (Jn., 2).

2. Mucha soberbia tienen los demonios, nuestros adversarios, y dicen que nos tragarán; mas digámonles: *Juntaos contra nosotros, que vencidos habéis de ser; entrad en consejo, que destruido será, porque Dios es con nosotros (Isa., 8, 9).* No os pase, hermana, por pensamiento temer estos infernales lobos; que el que una vez en la cruz los venció, los ha vencido y vencerá en vos, y los despojará con gran deshonra suya. Y aunque os parezca ser la guerra brava y el enemigo fuerte, que os haga temer, no desmayéis; porque el Señor dice (Isa., 49): *¿Por ventura será quitada la presa del fuerte? ¿y lo tomado por el robusto podrá ser salvo?* Verdaderamente será quitado el cautivo de la mano del fuerte, y será hecho salvo lo que el fuerte había tomado; y esto porque la mano de Dios peleará por vos, y pasará sobre vos como aves que vuelan, defienden y abrigan con sus extendidas alas a los pollicos que mucho aman.

3. ¡Oh si viesen nuestros ojos el celo de Dios, con que guarda a nuestras ánimas, y cuán en salvo las tiene cuando ellas piensan que están ya perdidas! Hacia arriba suelen arrojar el vidrio los que quieren enseñar cómo saben recibir lo que arrojan en alto; y si el vidrio sintiese, temblaría de verse echado en alto, e ir a caer en las piedras duras, donde parece que se ha de hacer doscientos pedazos; mas socorre la mano de quien lo arrojó, y tómallo en sí sin lesión. Y así vos, viéndoos sacada de vos, y combatida de fuegos tan vivos y penas tan crudas, teméis y tem

bláis, pensando que os habéis de hacer pedazos, y caer en ofensas de nuestro Señor; mas pensad que el Señor que en ese trabajo os puso, Él mismo os sacará de él; Ése que se os esconde porque padezcáis, está muy cerca de vos para defenderos; que de otra manera estuviérades diez mil veces tragada de la crueldad de vuestros contrarios. Él os arroja, y Él os recibe; Él mueve el alboroto en la mar, mas Él os guarda porque no os ahoguéis; porque lo que sentís no lo hacéis vos, sino sufríslo; y por eso quien lo hace, que es el demonio, ése lo pagará. Bien ve Dios vuestro corazón, que es amador de sus mandamientos, y alcorredor de sus ofensas; el cual os guarde, como lo ha hecho; que de lo que el demonio os trae no tengáis cuidado, pues aunque sea feo y os duela, no os vendrá por ello mal.

4. Cosas son éstas que a muchos suelen acaecer, y no sólo las que vos tendréis, mas sin ninguna comparación otras mayores, y que parecen traslado del (1) mismo infierno, y del fuego y lenguaje que allá hay. Mas no por eso deja Dios a sus ánimas; antes cuando todo el humano consejo y fuerza ha faltado, entonces acorre con su poderosa mano, y (2) quitando la copa del amargor de la boca, da por ella diez mil consuelos. Y conócese la persona por flaca, pues vió por experiencia su grande miseria; y conoce la fuerza y maldad de sus enemigos, y procura de huir más de ellos y arrimarse más a Dios, el cual sólo ve ser bastante a librarla de tales refriegas; y así saca de los males pasados luz para tenerse en menos, y mayor confianza en su Dios, y grande cautela para más recatadamente vivir por haber conocido las traiciones y maldades de los demonios. Lo cual no es de tener en poco; porque así como nuestra vida consiste en conocer y amar a Dios, así es gran parte de los espirituales avisos conocer al demonio, no para amarlo y honrarlo (que esto para Dios es), sino para huir y escapar de sus lazos, los cuales de pocos son conocidos, aunque les parezca que conocen a Dios. Y por eso es de estimar en mucho el provecho que de estas refriegas se saca, porque se hace el ánima experimentada en la guerra contra este astuto enemigo. Y es-

---

(1) *Del*; edición de 1595.

(2) *Y*; edición de 1595.

tas cosas y otras muchas saca el benigno Señor de estos males en que nuestro adversario nos querría hacer caer, y así le hace perder lo que pensaba ganar, y hace burla de Él, purificando y aprovechando al ánima por el medio que Él pensaba dañar.

5. Y pues os habéis ofrecido al servicio de Cristo, y no sois vuestra desde el día de vuestro bien, no le tengáis por olvidadizo pastor; pues si olvidaros quisiera, no os llamara, ni halagara, ni os hiciera tan dulces promesas. *Acordaos, en el día del mal, del día del bien (Eccli., 11, 27)*, para que no os derribe lo presente, templándolo con lo favorable de entonces. Y pensad que si Cristo no os amara, no os (3) levantara ni diera la joya. Y pues sabéis que por Él comenzasteis este camino, y que le habéis deseado agradar, y según vuestra flaqueza lo habéis procurado, *no deis tal mancha en vuestra honra (Eccli., 33, 24)*, que así perdáis la confianza en Aquel que, estando vos apartada, os llegó Él a sí, y os dió espíritu nuevo y blando en vuestras entrañas, y os señaló con su señal para que fuédeses suya, y por tal os tuviédeses. Y si el lobo infernal ha osado acometer a la que estaba herrada (4) con la señal de Jesucristo, y que le deseaba servir, no os espantéis, que pruebas son de nuestra fe y de nuestro amor, a ver si desmayamos y tornamos atrás.

6. No hay virtud firme si no es probada, y la fe se prueba entre los peligros y disfavores de Dios; mas si fina es, no sólo no desmaya, mas cuando más acosada, más esfuerzo toma, y de la soledad saca compañía; porque sabe que ésta es costumbre del Señor, poner a los suyos en los cuernos del toro y esconderse Él para probar la fé de ellos; y como no está arriada a la vista, sino a la bondad de su Señor, no cura de mirar lo que siente ni de qué parte sopla el viento, sino engendra una confianza que, como áncora fijada en el suelo de la mar, ácese firmemente con el Crucificado, y fija su pensamiento y dice: «Tú, Señor, moriste por mí antes que yo naciese, y me buscaste con dolores, sin buscarte ni llamarte yo: ahora que te llamo y te quiero no me desampares. Si abrigaste a quien te era enemiga, no desecharás a quien

(3) *Os*; edición de 1595.

(4) *Herrada*: marcada a hierro candente.

te desea servir, y a la que ya tomaste por tuya.» Y en esta fe vive, y está segura entre todas las olas y tempestades que en la mar se le ofrecen, aunque parezca que ya se le hunde la nao, y trabaja por no desmayar, porque no se levante el Señor y le riña como a los Apóstoles hizo, diciendo (Mt., 8, 26): *¿Qué estáis temerosos, hombres de poca fe?* En lo cual veréis que de verdad quiere el Señor que estemos esforzados, porque aun entrando las olas en la navecilla ya para sumirla, aun riñe con los que entonces tienen temor. Y esto porque los que con Él se embarcan no quiere que sean temerosos, pues van con el verdadero Señor de las almas y fiel provisor en las oportunidades. Y pues vos salisteis de tierra, y os embarcasteis con Él entrando a servirle, ¿qué es lo que ahora teméis, pues habéis caminado y estáis en compañía de Jesucristo?

7 Acordaos que San Pedro andaba con los pies sobre las aguas de la mar cuando tuvo fe; *y cuando vió los vientos recios y las olas altas, temió*, y luego comenzó a hundirse; para dar a entender que con la fe andaba seguro, y por atibiarse ella se hundía, y oyó de la boca del Señor (Mt., 14, 25-30): *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* Y de la misma manera lo dice a nosotros, si temerosos nos ve, por grandes peligros que a los ojos veamos. Y si aquel cuidado tuvo el Señor en librar al discípulo de la muerte del cuerpo, mayor lo tendrá en libraros a vos de la muerte del ánimo, y hacer que no os ahogue la gran tempestad que contra vos se ha levantado. Solamente, hermana, no desmayéis ni huyáis de la guerra; que aquí, no por ser tentados, sino por huir o ser vencidos se pierde la corona. Ofreceos a padecer dolores y fuegos por honra de Aquel que por vos los sufrió; y cuanto mayores fueren, por más ciertas prendas las tened del amor entre Cristo y vos. Y pedidle que os esfuerce a padecer, y no que os lo quite, y será un purgatorio con que quedéis apurada (5) delante de Dios; y seros ha compañía la cruz de vuestro amado Señor, que es la cosa que más sus amadores deben desear; y quedaréis como oro en crisol, tanto más resplandeciente cuanto más fuisteis atribulada.

8. Mirad que cualquier amador ha de pasar algo

---

(5) *Apurada*: purificada.

que dueña por amor de su amado. Y pues habéis entrado en la guerra del amor, no os acobardéis; mas acordaos de lo mucho que muchas mujeres flacas padecieron por Cristo, unas en fuegos, otras en golpes, otras en ser carmenadas (6) las carnes, y teníanse por bienaventuradas en padecer por amor de su Señor. Pues por Él padecéis; que si a Él dejásedes, no os perseguirían los enemigos; mas *porque os pasasteis al bando de Josué* (Jos., 10, 1...), por eso mueven guerra contra vos. Y si faltan sayones hombres, suceden en su lugar sayones diablos, que son más crueles y menos se cansan, y con peines de hierro y parrillas de fuego os atormentan, y más en el ánima que en lo exterior. Debéis pensar que estáis en un martirio por amor de Jesucristo, pues por servirlo sois martirizada.

Haced vuestros ejercicios de confesión y comunión, aunque sea de mala gana; y aunque os lo estorbe el demonio, como lo suele hacer, aun hasta enmudecer la lengua que no pueda confesar, y hace entender que han comido de noche para que no comulguen. Hollarle con todas sus astucias, y orad al Señor en la cruz, y traedla con vos, y armaos con ella, y ofrecoos tan de verdad a padecer, que si el Señor quisiere que os dure toda la vida, que estéis contenta con ello. Y cuanto vos más os pusiéredes en la voluntad de Él, tanto más presto os remediará, porque no desecha al que a Él va. Y acordaos que no hay amor sin dolor, y que *por muchas tribulaciones hemos de entrar en los reinos de los cielos*, adonde una sola hora que veáis a Dios en su hermosura, daréis por bien empleados dos mil años que paséis lo que padecéis. Y pues Dios allá os ha de llevar, según lo podéis esperar, no seáis cobarde en padecer, y tibia en amar, que no os dejará el que por vos murió y para sí os llamó.

Él sea vuestro consuelo. Amén.

---

(6) *Carmenadas*: pasadas por peines de hierro.

## 20.—A UNA MUJER

*Que sentía mucha ausencia de nuestro Señor: animala a confiar, enseñándole lo mucho que hay para confiar de su Majestad. Danse en esta carta las causas por que Dios aflige a los suyos, y los frutos que de ello saca (1).*

1. No tengáis por ira lo que es verdadero amor; que así como la malquerencia suele halagar, así también el amor reñir y castigar; y mejores son, dice la Escritura (Prov., 27, 6), *las heridas dadas por quien ama, que los falsos besos de quien aborrece*; y grande agravio hacemos a quien con amorosas entrañas nos reprende o castiga, pensar o decir que por querernos mal nos persigue.

2. No olvidéis que entre el Padre eterno y nosotros es medianero nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados, y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar, si el mismo hombre no lo corta por culpa de (2) pecado mortal. ¿Tan presto habéis olvidado que *la sangre de Jesucristo da voces* (Hebr., 12, 24) pidiendo para nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído? ¿No sabéis que, si nuestros pecados quedasen vivos, muriendo Jesucristo por deshacerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podía matar? Nadie, pues, aprecie en poco lo que Dios apreció en tanto que lo tiene en suficiente y sobrada paga—en cuanto de su parte es—de todos los pecados del mundo y de mil mundos que hubiera. No por falta de paga se pierden los que se pierden, mas por no querer aprovecharse de la paga, por medio de la fe y penitencia y sacramentos de la santa Iglesia. Asentad una vez con firmeza en vuestro corazón, que el negocio de nuestro remedio Cristo lo tomó a su cargo como si fuera suyo;

(1) Fr. Luis de Granada (VIDA DEL M. AVILA, Part. I, capítulo III, § 10) inserta esta preciosa carta y dice que fué escrita «a una persona de mediano estado; y para consolación de ésta, le dió nuestro Señor todas estas perlas preciosas...» (Véase allí el elogio que hace de esta carta.)

(2) *De*; LA LECTURA, del.

y a nuestros pecados llamó *suyos* por boca de David, diciendo (Ps., 21, 1): *Longe a salute mea [verba delictorum meorum]*; y pidió perdón de ellos sin los haber cometido; y con entrañable amor pidió que los que a Él se quisiesen llegar fuesen amados como si para Él lo pidiera (Jn., 17, 26). Y como lo pidió lo alcanzó. Porque según ordenanza de Dios, somos tan uno Él y nosotros, que o hemos de ser Él y nosotros amados, o Él y nosotros aborrecidos; y pues Él no es ni puede ser aborrecido, tampoco nosotros, si estamos incorporados en Él con la fe y amor. Antes, por ser Él amado, lo somos nosotros, y con justa causa; pues que más pesa Él para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que Él sea aborrecido; y más ama el Padre a su Hijo, que aborrece a los pecadores que se convierten a Él. Y como el muy amado dijo a su Padre: «O quiere bien a éstos, o quiere mal a mí, porque yo me ofrezco por el perdón de sus pecados, y porque sean incorporados en mí», venció el mayor amor al menor aborrecimiento; y somos amados, perdonados y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay nudo tan fuerte de amor. Y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores congojada, pensando que Dios la ha olvidado—como la vuestra lo está—, provee el Señor de consuelo, diciendo en el Profeta Isaías (49, 15, 16) de esta manera: *¿Por ventura puede olvidarse la madre de no tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, que en mis manos te tengo escrita.* ¡Oh escritura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia carne!, y la sentencia de la letra dice (Jerem., 31, 3): *Con amor perpetuo te amé, y por esc con misericordia te atraje a Mí.* Tal, pues, escritura como ésta no debe ser tenida en poco, especialmente sintiendo en sí ser el *ánima atraída* con dulcemente de propósitos buenos, que son señales del *perpetuo amor con que el Señor la ha escogido y amado.*

3. Por tanto, no os escandalicéis ni turbéis por cosa de éstas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos y en testimonio de amaros se enclavaron en cruz. Y si queréis entender lo que os viene al intento que Dios os lo envía, sabed que son pruebas para que seáis examinada; y después, como a persona fiel en la prueba, seáis con

corona de justicia de la mano del mismo Señor coronada. Y porque no penséis que esas cosas que pasáis son señales de reprobación, y que a solos los malos las envía Dios, oíd qué dice David en su persona y de otros muchos que andan el camino de Dios (*Ps.*, 30, 23): *Yo dije en el exceso de mi ánimo: Alanzado (3) soy delante de la faz de tus ojos.* Y aunque es cosa que mucho lastima este desmayo del corazón, y disfavor sentido en lo de dentro de él, y no atinar el ánimo cómo está con Dios, ni cómo estará, ni en qué parará; mas con todo esto, pocas cosas hay con que uno tanto purgue sus pecados, ni tantas cosas aprenda, como en aquella obscuridad tenebrosa y aflicción interior, que hace sudar del corazón gotas de sangre. Lo cual envía nuestro Señor a los suyos, porque no se vayan de este mundo sin sentir qué es cruz y tribulación. Y así hiédeles en lo del espíritu, donde están vivos; porque si les hiriera en las cosas temporales, a las cuales están muertos, no lo sintieran. Conviéneos, pues, dar buena cuenta de este peligroso paso donde Dios es servido ponerlos, y adorando sus juicios, y confortada con la confianza de su bondad, abajar vuestra cabeza, y sin más escudriñar, abrir la boca de vuestro corazón, y tragar esta píldora de obscuridad y del sentimiento de la ausencia y disfavor de Dios, con obediencia del mismo Dios.

4. Sabed cierto que si queréis no desdecir en la prueba que Dios os envía, que os conviene haceros robusta, como dijo el ángel a Josué (1, 6); y vivir muriendo *cada día* (1 *Cor.*, 15, 31), como San Pablo hacía. Coceos en el fuego de la tribulación, para que seáis fuerte como ladrillo, y seáis conveniente para sufrir lluvias y vientos de tentaciones y de trabajos; y no blanda como adobe de barro, que se deshace en el agua, y no es fuerte para edificio. Que la gente que ha de ser puesta en el edificio del cielo, con golpes de diversos trabajos y tentaciones ha de ser probada en el suelo, según está escrito (*Sap.*, 3, 6): *Probólos el Señor, y hallólos dignos de sí.* Enseñaos, pues, a mantener con gruesos manjares, y esforzaos a *convertir en pan las piedras* de las tribulaciones, si queréis tener testimonio de que sois *hija de Dios* (*Mt.*, 4,

---

(3) *Alanzado*; así la edición de 1595 (*projectus*): la de 1578, *alcanzado*, por errata, que reproduce LA LECTURA (página 263), a pesar de sus notas (págs. 215 y 267).

3). Y si os da gana de pan blando y blanco de consolaciones, remitid eso a la voluntad del Señor, y contentaos con que tendréis tanto de eso en el siglo que está por venir, que lo dulce de allá excede sin comparación a lo amargo de acá; y en lugar de los duros huesos que acá daban a comer a los dientes del ánima, será allá el mismo Dios sabrosísimo *pan de vida* que nunca se acabe. Esperad esto y esforzaos con esto, porque este negocio ni es para regalados ni para hombres de flaca fe.

5. En trabajos os veréis muchas veces, que si con sentido humano los miráis, os parecerán ser señales de infierno y principio de él; y habéislos de sufrir con paciencia y sin consolación, y aun sin sentimiento de confianza, para que sepáis qué cosa es padecer de verdad. Porque mientras la confianza está fuerte, no hay cosa que mucho lastime; mas cuando Dios esconde su faz, y no enseña favor al ánima sino disfavor, y siendo perseguida de sus enemigos, no siente favor en su buen Amigo, entonces es el padecer puro y sabe a tormentos de infierno. No sentiréis entonces esperanza de escapar; mas contentaos con no desesperar; y séaos aquel desconsuelo penitencia por vuestros pecados, con los cuales algún día os consolasteis; y sirvaos de ver a la clara qué es lo que podéis vos de vos. Justo es que quien peca amándose y pareciéndose bien, que lo pague descontentándose entrañablemente de sí; y quien en sí confía, que le demuestren tan a su costa qué es lo que puede. Por este fuego os conviene pasar. si queréis gozar del descanso. Esta guerra habéis de vencer para merecer la corona del cielo. Mirad que dice la divina Escritura (*Jac.*, 1, 12): *Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque cuando fuere probado recibirá corona de vida, la cual prometió Dios a los que le aman.* Si os agrada la corona, no os sea pesada la prueba; y no puede haber prueba sin tentación; y no os vendrá tentación que no pase por la mano de vuestro Padre Dios, midiéndola que sea conveniente para vuestro provecho y para vuestra flaqueza (1 *Cor.*, 10, 13). No temáis de beber con paciencia lo que Dios os da con amor. Él mismo dice (*Prov.*, 3): *Hijo, no te angusties cuando eres de Dios castigado; porque al que el Señor ama castiga, y como padre en hijo se agrada. Y en otra parte (Eccli., 38) dice: Hijo, en tu flaqueza no te desprecies, mas ora al Señor, y curarte ha. Y pues nos está mandado de*

parte de Dios que en ninguna cosa desmayemos, vamos a Él fiados de su palabra, y pidámosle favor, que verdaderamente nos lo dará.

6 ¡Oh hermana, si viésemos cuán caros y preciosos somos delante los ojos de Dios! ¡Oh si viésemos cuán metidos nos tiene en su corazón, y cuando a nosotros nos parece que estamos alanzados, cuán cercanos estamos a Él! Sea para siempre Jesucristo bendito, que éste es a boca llena nuestra esperanza, que ninguna cosa tanto me puede atemorizar, cuanto Él asegurar. Múdeme yo de devoto en tibio, de andar por el cielo a obscuridad de abismo de infierno; cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten y persigan; amenácenme con infierno, y pongan diez mil peligros delante: que con gemir mis pecados y alzar mis ojos pidiendo remedio a Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan apreciado, que fué Dios dado por mí.

7. ¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que, acosados de las ondas tempestuosas de su corazón, huyen a Ti! ¡Oh fuente de vivas aguas para los ciervos heridos y acosados de los perros espirituales, que son demonios y pecados! Tú eres descanso entrañal, fiucia que a ninguno de su parte faltó, *amparo de huérfanos y defendedor de las viudas* (Ps., 67, 6); firme *casa de piedra para los erizos* (Ps., 103, 18) llenos de espinas de pecados, que con gemido y deseo de perdón huyen a Ti. Tú defiendes de la ira de Dios a quien a Ti se sujeta. Tú, aunque *mandas* algunas veces *a tus discipulos que entren en la mar sin Ti* (Mc., 6, 45) y que se desteten de tu dulce conversación, y estando Tú ausente, se levantan en la mar tempestades que ponen en aprieto de perder el ánima, mas no los olvidas. Dícesles que se aparten de Ti, y vas Tú a orar al monte por ellos. Piensan que los tienes olvidados, y que duermes, y estás (4), las rodillas hincadas, rogando por ellos. Y cuando son ya pasadas las tres partes de la noche, cuando a tu infinito saber parece que basta ya la penosa ausencia tuya para los tuyos que andan en la tempestad, descienes del monte, y como Señor de las ondas mudables, an-

(4) Y estás; así las ediciones de 1588 y 1595.

das sobre ellas—que para Ti todo es firme —y acércaste a los tuyos, cuando ellos piensan que están más lejos de Ti, y dícesles palabras de confianza, que son (*Mt.*, 14, 27): *Yo soy, no queráis temer.*

8. ¡Oh Cristo, diligente y cuidadoso Pastor! ¡Cuán engañado está quien en Ti y de Ti no se fía de lo más entrañable de su corazón, si quiera enmendarse y servirte! ¡Oh si dijese Tú a los hombres cuánta razón tienen de no desmayar con tal Capitán los que quieren entrar a servirte, y cómo no hay nueva que tanto pueda entristecer ni atemorizar al tuyo, cuanto la nueva de quien Tú eres basta para lo consolar! Si bien y perfectamente conocido fueses, Señor, no habría quien no te amase y confiase, si muy malo no fuese. Y por esto dices: *Yo soy, no queráis temer. Yo soy aquel que mato, y doy vida, meto a los infiernos, y sacó* (1 *Reg.*, 2): quiere decir, que atribulo al hombre hasta que le parece que muere, y después le alivio y recreo y doy vida: meto en desconsolaciones que parecen infierno, y después de metidos no los olvido, mas sácolos. Y por eso los mortifico para vivificarlos; para eso los meto, para que no se queden allá, mas para que la entrada en aquella sombra de infierno sea medio para que después de muertos no vayan allá, mas al cielo. Yo soy el que de cualquier trabajo os puedo librar, porque soy Omnipotente; y os querré librar, porque soy todo bueno; y os sabré librar, porque todo lo sé. Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mía. Yo vuestro fiador, que salí a pagar vuestras deudas. Yo Señor vuestro, que con mi sangre os compré, no para olvidaros, mas engrandeceros, si a mí quiéstedes servir, porque *fuisteis con grande precio comprados* (1 *Cor.*, 6, 20). Yo aquel que tanto os amé, que vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haciéndome mortal y pasible, el que de todo esto era muy ajeno. Yo me entregué por vosotros a innumerables tormentos de cuerpo, y mayores de ánima, para que vosotros os esforcéis a pasar algunos por mí, y tengáis esperanza de ser librados, pues tenéis en mí tal librador.

Yo vuestro Padre por ser Dios, y vuestro primogénito hermano por ser hombre. Yo vuestra paga y rescate, ¿qué teméis deudas, si vosotros con la penitencia y confesión pedis suelta de ellas? Yo vuestra reconciliación, ¿qué teméis ira? Yo el lazo de vuestra amistad, ¿qué teméis enojo de Dios? Yo vuestro de-

fendedor, ¿qué teméis contrarios? Yo vuestro amigo, ¿qué teméis que os falte cuanto yo tengo, si vosotros no os apartáis de mí? Vuestro es mi cuerpo y mi sangre, ¿qué teméis hambre? Vuestro mi Corazón, ¿qué teméis olvido? Vuestra mi divinidad, ¿qué teméis miseria? Y por accesorio, son vuestros mis ángeles para defenderos; vuestros mis santos para rogar por vosotros; vuestra mi Madre bendita, para seros Madre cuidadosa y piadosa; vuestra la tierra, para que en ella me sirváis; vuestro el cielo, para que a él vengáis (5); vuestros los demonios e infiernos, porque los hollaréis como a esclavos y cárcel; vuestra la vida, porque con ella ganáis la que nunca se acaba; vuestros los buenos placeres, porque a mí los referís; vuestras las penas, porque por mi amor y vuestro provecho las sufrís; vuestras las tentaciones, porque son mérito y causa de vuestra eterna corona; vuestra es la muerte, porque os será el más cercano paso para la vida. Y todo esto tenéis en Mí y por Mí; porque ni lo gané para Mí solo, ni lo quiero gozar Yo solo; pues que cuando tomé compañía en la carne con vosotros, la tomé en haceros participantes en lo que yo trabajase, ayunase, comiese, sudase y llorase, y en mis dolores y muerte, si por vosotros no queda. ¡No sois pobres los que tanta riqueza tenéis, si vosotros con vuestra mala vida no la queréis perder a sabiendas!

9. No desmayéis, que no os desampararé aunque os pruebe: vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá. Vuestra flaqueza hace parecer más fuerte mi fortaleza. De vuestros pecados y miserias saco yo manifestación de mi bondad y de mi misericordia. No hay cosa que os pueda dañar, si me amáis y de mí os fiáis. No sintáis de mí humanamente, según vuestro parecer, mas en viva fe con amor; no por las señales de fuera, mas por el Corazón, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que ya no pongáis duda en ser amados en cuanto es de mi parte, pues veis tales obras de amor de fuera, y Corazón tan herido con lanza, y más herido de vuestro amor por de dentro.

10. ¿Cómo os negaré a los que me buscáis para honrarme, pues salí al camino a los que me buscaban para maltratarme? Ofrecíme a sogas y cadenas que

---

(5) *Vengáis*; las ediciones de 1578 y 1595 dicen *vernéis*: vendréis.

me lastimaban, ¿y negarme he a los brazos y corazón de cristianos donde descanso? Dime a azotes y columna dura, ¿y negarme he al ánimo que me esta sujeta? No volví la faz a quien me la hería, ¿y volverla he a quien se tiene por bienaventurado en la mirar para la adorar? ¡Qué poca confianza es aquésta, que viéndome de mi voluntad despedazado en mano de perros por amor de los hijos, estar los hijos dudosos de mí si los amo, amándome ellos! Mirad, hijos de los hombres, y decid: ¿A quién desprecié que me quisiese? ¿A quién desamparé que me llamase? (Eccli., 2, 12.) ¿De quién huí que me buscase? Comí con pecadores, llamé y justifiqué a los apartados y sucios. Importuno yo a los que no me quieren, ruego yo a todos conmigo; ¿qué causa hay para sospechar olvido para con los míos, donde tanta diligencia hay en amar y enseñar el amor? Y si alguna vez lo disimulo, no lo pierdo; mas encúbrole por amor de mi criatura, a la cual ninguna cosa le está tan bien como no saber ella de sí, sino remitirse a Mí: en aquella ignorancia está su saber, en aquel estar colgada su firmeza, en aquella sujeción su reinar. Y bastarle debe que no está en otras manos sino en las mías, que son también tuyas, pues por ella las di a clavos de cruz; y más son que tuyas, pues hicieron por el provecho de ella más que las propias tuyas. Y por sacarla de su parecer y que siga el mío, le hago que esté como en tinieblas y que no sepa de sí. Mas si se fía y no se aparta de mi servicio, *librarla he y glorificarla he* (Ps., 90), y cumpliré lo que dije (Apoc., 2, 10): *Sé (6) fiel hasta la muerte, y darte he corona de vida.* Amén.

## 21.—A UNA MUJER ATRIBULADA.

*Enséñale cómo los trabajos suelen venir o por culpas o por prueba del Señor: y cómo se ha de haber en su tribulación.*

La paz y gracia de nuestro Señor sea siempre con vos. Amén.

1. El amor verdadero con que os amo en Jesucristo ha causado en mí tanta compasión de lo que

---

(6) Sé; el autor escribió *sey* (forma anticuada).

padecéis, que me movió a escribiros esta letra, desean do ayudaros en algo.

No sé, hermana, si os alegre, o si antes os ayude a llorar. Ni sé si os diga que es bueno lo que tenéis, y que lo debéis llevar con alegría, ni si conceda con lo que a vos parece que es malo, y que como tal se debe huir. Veo que si lo pasan muchos buenos, no lo dejan de pasar también muchos malos; y que si en unos es señal de amor en otros es sospecha de ira. A unos castiga el Señor con esas cosas; a otros, que no han menester castigo, prueba con ellas mismas, y les da en qué merecer. Y aunque eso que vos pasáis pueda proceder de cualquiera de estas dos causas, no me pesa que os persuadáis vos que debe ser azote de alguna culpa liviana—si liviana se debe llamar la que tan grave castigo merece—, y no prueba de vuestra bondad. Porque si los santos no conocen en sí bondad alguna, antes muchas faltas y maldades, cuánto más vos, que tan lejos os conocéis de santidad y tan metida en pecados.

2. Pues si tenéis por más probable que esos frutos nacen de esta raíz, el remedio es que examinéis bien si habéis hecho alguna cosa por donde merezcáis esa corrección. Y sabed que las más veces suele ser algún polvillo de vanagloria. Y si no veis por qué, eso tened por peor, pues habiendo tantas culpas, no veis ninguna; y cuando os sacudieren el golpe, *humillaos debajo de la poderosa mano de Dios* (1 *Petr.*, 5), conociéndoos por digna de mayor tormento; y suplicad a nuestro Señor haya misericordia de vos, y que no os alcance de Sí. Decid: «Señor, pequé; cualquier castigo es liviano para la gravedad de mis pecados. Si sois servido de castigarme, heme aquí: alzado, Señor, la mano; descargad el golpe, cortad, quemad y matad; mas no me vea yo apartada ni desechada de Vos. Si pequé, no sea el castigo dejarme a que peque más; pues el castigo de la culpa es la pena, y no otra culpa» (1). No querría tampoco que por pensar que vuestras culpas han causado eso que tenéis, os desconsoléis y entristezcáis tanto, que caigáis en algún despeñadero de desesperación. Quiero que por una parte os humilléis creyendo que vuestros pecados lo merecen; y que por otra os consoléis acordándoos que sois hija de Dios, y no de las olvidadas, pues se acuer-

(1) San Agustín, *Enchiridion*.

da vuestro Padre de castigaros como a hija, porque no os hagáis más mala. Y creedme una cosa, aunque no sea adivino: que si el Señor con su misericordia no os hubiera humillado así, quizá hubiéradéis caído en alguna soberbia luciferina, que fuera en infinitas partes peor; y con eso os tiene tan humilde, que no osáis, ni aun podéis, alzar cabeza. Agradeced, pues, al Señor esa merced, y básteos su gracia.

3. Pero ya sé que me diréis: «Si yo supiese que soy hija, y no enemiga, y que es castigo de padre y no pena de juez; si yo acabase de persuadirme que estoy en su gracia, ¿qué me faltaba? Pero creo que si no es en el infierno, no hay en la tierra hombre tan malo que tal tenga: no es vida de hijos de Dios esta mía, sino vida—o, por mejor decir, muerte—de dañados.»

¡Oh hermana (2), y si supiédeses el don de Dios (Jn., 4, 10), y quién son los que estas cosas padecen por la mayor parte, quizá os alegraríades! Si yo viese que solamente los enemigos de Dios pasan tales cosas, cierto me afligiría; mas veo los mayores amigos en eso tentados. ¿por qué no me consolaré con ellos? El bienaventurado Job (7, 6) se vió un día tal, que dijo: *Desesperado he*. Tales cosas había pasado en su pecho, que le pareció haber caído en desesperación. Mas porque veáis que no, luego torna a pedir misericordia: pues quien misericordia pide, no desespera. David, siendo quien sabéis, dijo que ya Dios *lo había alanzado delante sus ojos* (Ps., 30, 23), y que se vió cubierto de tinieblas y obscuridades, *cercado de dolores de muerte y de peligros de infierno* (Ps., 114, 3); y tales cosas dice que le acaecieron, que no las entenderá sino quien las hubiere pasado.

Cállense las tribulaciones de San Pablo causadas por Satanás, que le hicieron abajar el cuello (2 Cor., 12, 7), pues tantas veces las habéis oído. En las VIDAS DE LOS PADRES he leído cosas que no las creyera, si el autor no fuera de tanta autoridad; y hoy día vemos y oímos cosas extrañas, que vienen a personas devotas y siervas de nuestro Señor; y a los unos y a los otros sacó y saca nuestro Señor de ellas con mucha ganancia. De donde colegimos que es menester creer hombre en semejantes casos lo que no ve, y *esperar contra la esperanza* (Rom., 4) como Abraham.

(2) *Hermana*; LA LECTURA, humana.

4. Decidme, hermana, ¿habéis visto a los cantareños encender algún horno? ¿habéis visto aquel humo tan espeso y tan prieto, aquel encendimiento de fuego, y aquella semejanza de infierno que allí pasa? ¿Quién creyera que los vasos que allí dentro están no habían de salir hechos ceniza del fuego, o a lo menos negros como la pez del humo? Y pasada aquella furia, apagado el fuego, al tiempo que deshorman, veréis sacar los vasos blandos de barro duros como piedras; y los que primero estaban morenos, salir más blancos que la nieve, y tan lindos, que se pueden poner en la mesa del rey. Vasos de barro nos llama San Pablo (*Rom.*, 9); y con mucha razón por cierto. pues tan blandos somos y delicados para sufrir los golpes de los trabajos. Una jarrilla sois, y por cocer habéis estado, y por eso érades tan tierna, y no podíades retener ni conservar bien el licor que Dios os infundía. Coceros quieren, hermana; tened paciencia; metida estáis en el horno de la tribulación; sufrid ahora esos fuegos, y esas humaredas y obscuridades; y confiando en la sabiduría y bondad de nuestro buen ollero ni saldréis hecha ceniza que lleve el viento, ni tiznada con algún mal que se os haya pegado; antes dura para padecer, para que aunque caigáis no os quebréis; blanqueada del descolorido color que primero teníades, y finalmente, hábil y dispuesta para ser *vaso de honra*, y para ser puesta sobre la mesa de Dios. Procurad no salgáis del horno quebrada, porque no os den por ahí de balde. Solamente se quiebran los que en el horno de la tribulación pierden la paciencia. Confío en nuestro Señor y en vos, que saldréis sin lesión. Sufríos ahora un poco, que presto se apagará todo. No desmayéis, por más que atice el demonio; persiga cuanto quisiere, confiad en Dios.

5. Señal es que no tiene Lucifer parte en vos, pues va tras vos; que si os tuviera, no os siguiera. Señal es que os habéis ido de su reino, pues tantos escuadrones de gente armada van en pos de vos. Salisteis os de las tinieblas de Egipto para ir a la tierra que Dios os ha prometido; sale Faraón tras vos con todo su ejército (*Ex.*, 14); halláis os ahora atajada: delante de vos el mar Bermejo, detrás los enemigos: no halláis por qué vía huir. No temáis; esperad, y veréis las maravillas que ha de hacer el Señor: *El Señor peleará por vos, y vos callaréis* (*Ex.*, 14, 14); el

Señor abrirá camino por medio de las aguas: *las aguas os serán en lugar de muro a la diestra y a la siniestra* (Ex., 14, 22), y pasaréis a pie enjuto por medio de las tribulaciones y tentaciones, y vuestros enemigos se ahogarán en ellas. Pensad qué gozo será aquél cuando, habiendo pasado todo el pueblo de Dios este mar peligroso del mundo, tomará María Virgen, figurada en María la hermana de Moisés, *el adufe* (3) de su cuerpo, y comience a cantar, y vos en compañía de las otras vírgenes a responder aquel cantar de tanta alegría.

6. Y porque más os consoléis, sabed que no hay de qué tener escrúpulo; porque más es eso tormento padecido, que pecado cometido. Entretanto que vos no consentís libremente, ni os deleitáis en el pensamiento que el demonio ofrece, ni lo queréis vos pensar, ¿de qué tenéis escrúpulo? Pues, creedme como a hombre que conoce vuestra conciencia, que aunque os parezca que habéis alguna vez consentido, el temor os hace parecer lo que no es, como acaece a los que tienen fiebre o alguna otra fuerte pasión. Y esto sea para excusaros en lo pasado, y no para descuidaros en lo por venir. Y aunque alguna cosilla se os hubiese pegado, aunque alguna heridilla hubiésedes recibido, como vos no os rindáis ni deis por vencida, hermosas y gloriosas son las heridas del caballero en los ojos del rey cuando son recibidas en su servicio. Mayor es el bien y merecimiento que sacáis de la victoria, que el daño que padecéis en la lucha; por eso ninguna cosa os turbe. No os engañéis en pensar que las imaginaciones y tentaciones son cosa vuestra, obrada por vos; obras son de Lucifer, palabras son que él habla, e imágenes que representa. Miradlo todo como cosa ajena, y haced como cuando oís a un hombre blasfemar y decir otras palabras feas, que aunque os da grave pena el ver que se ofende Dios, al fin os es algún consuelo ver que no sois vos la que le ofendéis. Péseos que el demonio hable, y haga como quien él es, y consolaos que no sois vos, sino él, y que al fin ha de llevar su pago.

7 San Pablo decía (2 Cor., 12) *que se gloriaba en sus flaquezas y tribulaciones, porque en ellas resplandecía más la virtud y fortaleza de Cristo*. Hermana, si a Cristo amáis, gozaros debéis de la gloria que saca

(3) *Adufe*; pandero,

Él de vuestras flaquezas. ¿No os parece que muestra Dios en vos su fortaleza, pues con las flaquezas de una mujercilla, muchacha y enferma y nada, vence las fuerzas y poderíos de las huestes infernales? Pues porque Jesucristo sea glorificado, ¿no seréis vos de buena gana combatida? Si por cierto, y de muy buena gana; que eso creo yo de vuestra caridad que vos pretendéis, eso creo yo que deseáis, que se sirva el Señor de vos, y sea en cosas prósperas o en adversas, en dulces o en amargas, en amores o en dolores, en guerra o en paz. Ahora quiere que le sirváis en la guerra con frío y con sol, las armas a cuestras de día y de noche, durmiendo con sobresaltos en pie sobre una pica, y lo que más os duele, lejos de la presencia del Rey. Tras este tiempo vendrá otro, y os mandara que le sirváis en la sala, donde gozaréis de cuanto deseáis. Entretanto, gozaos que servís al Rey. Él fortalezca vuestra ánima para pelear las peleas del Señor, y os saque vencedora, para que merezcáis la corona de gloria que tiene prometida a los que vencieren. Amén.

## 22.—A UNA SEÑORA CASADA

*Esforzándola a que lleve con paciencia del Señor los trabajos.*

SEÑORA:

1. Deseo tengo de preguntar a vuestra merced a qué saben los frutos de la cruz, pues tanto come de ellos. El Señor dijo (*Cant.*, 7): *Subiré a la palma, y tomaré los frutos de ella.* Y parece que ha tomado a vuestra merced de la mano, y subídola consigo a lo mismo; para que si antes solía subirla para que mirase y contemplase cómo Él comía, ahora no se contenta con que ella lo acompañe con haber compasión de las penas de Él, sino que coma con Él en la cruz, y sea testigo de prueba. de lo que Él padecía cuando comía. Bienaventurada oso llamar al ánima que, con la Madre de Dios, está al pie de la cruz del Hijo, como ella estaba pensando con Él, comiendo a una mesa, crucificada con Él; que no hay cosa tan agradable a los ojos del Padre, como ver a su Hijo, y a los que a su Hijo acompañan con imitación de sus trabajos y cruz.

2. No se engañe nadie pensando que se enamora Dios de donaires y niñerías, o que han de reinar con Él cualesquiera. El favor de Dios es para los amadores de los trabajos. No ha de reinar sino el crucificado; para que los hombres sepan que pues acá les pide tanto, aquel reino no es como quiera, sino muy abundante en riqueza y descanso, pues es Dios su joya, y se esfuercen con nuevos alientos a despreciar todo descanso presente, y sufrir todo trabajo. ¿Qué quiere vuestra merced que haga nuestro Señor, sino lo que con sus mados hijos hace y hará? ¿Qué quiere que haga, sino tratarla como el Padre suyo lo trató a Él? *Como el Padre me amó, os amo Yo a vosotros*, dijo Él (*Jn.*, 15). Pues quien se parare a mirar el tratamiento de tal Padre a tal Hijo, sufrirá con paciencia el suyo, por áspero que parezca..

Espera un poquito, señora, que pasarse ha esta tempestad, y gozarse ha de haberla pasado. Abaje su cerviz a la voluntad de su celestial Padre; que así hizo Jesucristo cuando le pusieron al cuello una soga que le desollaba la cerviz, y Él callaba de dentro y de fuera por la obediencia del Padre. ¿Qué nos dice esta dura soga en cerviz tan delicada, y aquella pesada cruz en hombros tan cansados, sino que seamos obedientes en sufrir los trabajos, aunque nos desuelen y arranquen el mismo corazón? No es razón que sea ya vuestra merced parte en sí misma para ordenar su vida, y escoger «Esto quiero, y esto no», pues se ha ofrecido muchas veces por esclava verdadera del Señor a toda la voluntad de Él. Porque no es razón que quiera ahora desdecir en el trabajo lo que antes afirmó en la paz; ni querrá ser como amigo fingido, que en el tiempo del placer hace muchas ofertas, y cuando le dicen que pase algo, desdice lo dicho. *¡Ay de aquellos—dice la Escritura (Eccli., 2, 16)—que perdieron el sufrimiento!* Quiere decir, que como cansados de trabajar y esperar, dieron con su corazón en el suelo, como quien no puede llevar la carga. *¡El justo, señora, de la fe vive! (Habac., 2, 4)*, y el Señor le manda que espere, aunque haga tardanza, y promete que vendrá.

3. Mas si el justo tiene reloj que da muy aprisa las horas, y le parece pasarse el tiempo sin que Dios le remedie, decirle han lo que está en Isaías (1, 28): *El que creyere no se dé prisa, sino ponga su salud en la longanimidad*, como dice San Pedro (2 *Petr.*, 3). El

Señor vendrá, señora, y la consolará. Alborotada está la mar, y las olas quieren anegar la navecilla, y el Señor duerme de buen reposo, como quien tiró la piedra y escondió la mano; y picó y huyó. Él hizo levantar la tempestad, y luego echóse a dormir. Él ha puesto a vuestra merced en los trabajos que tiene, que no otra mano. Él atribula y hiere, que sin Él no se puede nada hacer. Y el que también ha sabido herir, y tan vivo ha estado para atribular, duerme ahora cuando le piden remedio; y mientras más le piden consuelo, suele acrecentar desconsuelo; y con todo esto quiere que tengamos una fe viva que en todos estos trances no desconfíe; y si lo hacemos, con lo que recuerda (1) es reñir y decir (*Mt.*, 8): *Hombres de poca fe, ¿por qué estáis temerosos? ¿Ve, señora, cuán esmerada, probada y pasada por fuego quiere esta fe para confiar? Que así como una castidad es probada en cosas contrarias, una humildad con deshonras, una paciencia con trabajos, una caridad con hacer bien a quien nos hace mal, así es la fe y confianza probada con enviar Dios trabajos que parezcan sacar de juicio, y esconderse Él, y parecer que añade más mientras más es rogado. Conviene pasar esto si queremos oír (*Mt.*, 15): ¡Mujer, grande es tu fe! Esta lucha hemos de vencer, si queremos nombre y corona de verdaderos y perfectos fieles. Y conviene recibir azotes, y que escuezan hasta el ánimo, y creer que son abrazijos (2) de grande amor. En esto que de fuera parece ira, hemos de creer el corazón de Dios muy pacífico, y sus entrañas muy paternales, para que no vivamos en sentido de carne, sino en fe, que es muerte de sentido de carne.*

4. Esta, señora, es la sabiduría de la Cruz, que a ojos cerrados se sujeta a la santa ordenación de Dios; y con este no juzgar, sino confiar en Él, es más sabia que todo el saber del mundo. Porque quien a Dios quiere conocer y agradar, no alce, sino abaje los ojos con humildad; y no escudriñar, y alcanzará el verdadero saber, y hallará al Señor de las virtudes, que en todas las cosas es suave para los suyos, y entonces les hace mayores bienes cuando a los ojos de carne parece que los desampara.

Mas días ha que vuestra merced cantó este cantar

(1) *Recuerda*: despierta.

(2) *Abracijos*: abrazos,

(*Cant.*, 2): *Mi Amado a mí, y yo a Él.* Cántelo ahora, que para el tiempo de los trabajos son los requiebros. Su Amado la mira y tiene de ella cuidado; mírelo ella, y fíese de este cuidador. Él a ella es padre, aunque la azote; sea ella hija en recibir con obediencia y hacimiento de gracias su azote; y si duele mucho mirando el azote, témplole mirando la mano que envía el azote. Su Amado es, y más Amador que Amado; con amor la azota, con amor lo reciba, para que responda al tono que el Señor le habla. Apurarla (3) quiere con fuego; no huya del crisol, aunque le duele; que más vale quedar limpia de la inmundicia de la tierra, que es la propia voluntad, aunque quede hecha pedazos, que no sana y suya. Cante al Señor (*Ps.*, 16): *Probaste mi corazón y visitástelo en la noche; examináste me con fuego, y no fué hallada en mi maldad.*

Así, así, señora, apura Dios a sus escogidos; y quien así no es probado y apurado, no es hijo, ni será heredero. Y pues ha días que vuestra merced tiene prendas de heredar, sufra con paciencia la carga aneja a la herencia. Muy rica y gozosa es ella; mas los herederos han de ser muy atribulados acá; y de la cruz los han de quitar acá, cuando entren a reinar allá, que no de placer a placer. Agarrochados salen los buenos toros del coso, que los flojos sanos se van. Y es así el buen cristiano, que de todas partes ha de tener garrochas. Y cuando faltan tiranos y sayones, bastan la casa, hijos, marido y amigos, que, por otras vías más blandas, atormentan más que los otros. Cierto es que ver padecer a quien amamos, cuchillo nos es, y el amor es nuestro sayón, y mientras mayor amor mayor sayón; mas no le volvamos el rostro, que este amor fué el sayón de Jesucristo, que más le penó que los de fuera; y este fué el sayón de su Madre, y de cuantos escogidos hay de Dios. Apareje vuestra merced la cabeza para ser de Él cortada, su corazón para ser atormentado; y en la presencia de Dios y de su Corte, que le están mirando, pelee varonilmente, pues le está aparejada excelente corona. El Señor que envía el trabajo, sabe el tiempo del desconsuelo, y Él lo proveerá en su tiempo; y entretanto dé paciencia, y sea con vuestra merced siempre. Amén.

---

(3) *Apurarla*: purificarla.

23.—A D.<sup>a</sup> SANCHA CARRILLO (1)

*Enferma; consolándola en sus trabajos y animándola a que los pase por Cristo trabajado.*

SEÑORA :

1 Sabido he que vuestra merced está mala ; y no me pesa de ello ; porque si es de alguna demasía de penitencia que ha hecho, bien se le emplea el castigo ; y si no es sino que nuestro Señor lo envía, sea muy en buena hora la parte que de la cruz le da. Y aunque por una parte me da pena su pena cuanto sabe nuestro Señor, por otra me alegro, porque veo clara la ganancia de quien yo desee ver muy ganada. No quiero yo para mis hijos consuelo, sino azotes ; que después será tiempo de los consuelos. Ahora, señora, no se quiten sus ojos de la cruz, ni su corazón de quien en ella se puso ; no descansen hasta que le sepa bien el padecer, que en ello se parece el amor ; no haya piedad de sí misma, que en el cielo y en la tierra tiene quien de ella la tenga muy de corazón ; y lo que le viene, muy mirado viene, y pasado por mano de quien la ama muy de verdad. No se atibie la fe en los peligros y necesidades, ni el amor entre los trabajos.

2. Cuando el fuego es grande no se apaga con el viento, antes crece ; y así, cuando uno ama a Dios de burla, con un soplillo que le soplan se apaga su fuego como candelilla. Mas el verdadero amor crece en los trabajos ; porque más fuerza pone a sufrir, mientras más viene que sufrir ; y como sea de Dios, vence a los trabajos, y ninguna agua basta para apagar este fuego que del cielo descendió. Para amar la llamó Dios, y no es cosa el amor para regalaros. Conviénele aborrecerse para amar a Cristo, y negarse para confesarle, y ser cruel para sí misma, para ser suave y blanda al Señor. Si le quiere y desea gozar, pierda a sí misma ; si le quiere ver, por lanzas se ha de meter ; si le desea aposentar en su corazón, eche de él a sí misma y a toda cosa criada.

3. Sola la quiere Dios, y atribulada, no por malquerencia, sino después que su Hijo bendito fué atribula-

---

(1) Así opina LA LECTURA (pág. 293).

do, no quiere ver a sus hijos vestidos de otra librea. Esto es lo que delante sus ojos parece hermoso, ver en nosotros la imagen de su unigénito Hijo. Y así como no hay cosa que de tan buena gana mire una ánima, como a Jesucristo atormentado en la cruz, y mientras más atribulado y afeado está, más hermoso le parece, así mientras más padeciéremos, mejor pareceremos a Dios. Y no es mucho que el ánima, que a Dios desea bien parecer, se ponga este afeito con que a Dios enamore, pues que las mujeres del mundo hacen muchas cosas y muy a su costa para contentar a hijos de hombres. Señora, mudarse tienen los cueros para parecer bien a Dios. Con agua fuerte se apura (2) el oro, y quitada la tierra, sale resplandeciente del crisol. Hayamos vergüenza de ser tan flojos en empresa tan grande como es agradar a Dios, que si lo sintiésemos cobraríamos ánimo para derramar la sangre por Él, porque más hermosos le pareciésemos. Y considerando esto un ermitaño santo, y viendo una mujer del mundo ir muy compuesta y galana, comienza él a llorar y decir: «Perdóname, Señor, perdóname, que el atavío de esta mujer que en un día ha tenido para agradecer a los ojos del mundo, sobrepuja al que yo he tenido en muchos años para agradar a los tuyos.» Así que, señora, la empresa del amor no es palabras, sino dolor, crudos tormentos, deshonor del mundo, desamparo de criaturas y ausencia del amparo del Criador. Y con todo esto ha de haber buen rostro, no quejas, no caimiento de corazón; mas a semejanza de mártir que le sacaban las entrañas y peinaban con peines de hierro, y no sonaba en su boca, sino JESÚS, y en su corazón, BENDITO SEA DIOS, y propósito de pasar más si Dios era servido. Don y merced es padecer por Cristo, y no la da sino a quien Él mucho ama.

4. Gran misericordia es dar a uno papiotes (3), y soltarle los azotes. Y si con lo que aquí se pasa se quita lo que allá debemos, trabajemos aquí, y paguemos todo lo que Dios quisiere, porque salidos de aquí, luego veamos la faz de Dios. Baste el destierro de aquí; trabajemos, que en acabándose, luego nos me-

(2) *Se apura*: se acrisola.

(3) *Papirote*: capirote; golpe en la cabeza con el dedo del corazón violentamente separado de la yema del dedo pulgar.

tan en nuestra tierra. San Agustín dice que «hace injuria al mártir el que ruega por el mártir», porque el martirio le hace volar al cielo derecho. Pues trabajemos nosotros de ser mártires con la paciencia; que aunque no es tan grande nuestro trabajo como el de aquéllos, es más largo. Y debemos desear que esta vida no nos sea apacible, mas un puro martirio; que ésta fué la vida de nuestro Señor, y ésta quiere que sea la nuestra. Muchos mártires hubo por la fe, mas en fin muchos han ido al cielo sin serlo; mas mártires de amor todos lo hemos de ser, si queremos ir allá. Este nos ha de atormentar, haciéndonos tomar pena porque ofendimos a Dios y porque otros le ofenden: éste nos ha de quitar todos los consuelos de acá, y ponernos la cruz encima los hombros: éste nos ha de hacer abrazar los trabajos, y pasar por encima de ellos con la llama del amor de Dios encendida: éste hace sufrir deshonras, sin las sentir, y saca a uno de sí, como el vino al borracho. Que en esto se parece el amor, que el que lo tiene no busca a sí mismo, sino a solo Dios y su voluntad.

5. Mas este amor tan cruel, ¡qué piadoso será después a quien le abajó su cuello para recibir su martirio! No puede uno sentir las fuerzas del amor con que aquí atormenta, ni las con que después consuela. Creámoslo, señora, pues Dios lo ha dicho, y en fe de su palabra caminemos, que gran camino nos queda. Escoja cuál quiere más: largos trabajos y no muy grandes, o breves y grandes; que de pasar mucho no puede escapar. De esto no se entristezca, que si le da Dios muchos trabajos es porque así lo merecen sus muchos pecados; y así los pagará aquí. Y así lo pido yo al Señor que se los dé; porque si yo muriere primero que vuestra merced, no querría que ella fuese a purgatorio: quizá no tendrá a quien le duela su ánima, ni tenga mucho cuidado de la sacar: y si ella muere primero, harto me bastará le pena que de ella tendré.

6. Perdóneme, que no es razón que ella mire a su provecho, ni yo; sino que aunque sepamos que después de esta vida hemos de ir a tormentos, debemos aquí esforzarnos a los pasar por amor, y el amor con sólo amar (4) se contenta. Cristo padeció por nuestro amor, padezcamos por el suyo: Cristo llevó la cruz,

---

(4) *Amar*; LA LECTURA, *amor*.

ayudémosela a llevar: Cristo deshonrado, no quiero honra: Cristo padeció dolores, vénganme a mí: Él tuvo necesidades, ésas quiero yo tener: Él por mí fué aquí extranjero, no tenga yo cosa en que repose mi corazón: El murió por mí, sea mi vida por su amor una muerte continua. *Viva yo, ya no yo; mas viva en mi Cristo (Gal., 2, 20)*, y Cristo crucificado, apasionado, desamparado, y en sólo Dios recibido. Este Cristo quiero, aquí lo busco, y fuera de aquí no lo quiero. Haga Él lo que mandare de mí, que yo trabajos quiero por Él: déme galardón o no, que sólo el padecer por Él es muy sobrado galardón. Y si mercedes me quisiese dar, no le pediré otras sino trabajos; porque en esto conoceré que le amo y que me ama, si Él me pone a mí en la cruz, donde Él aquí estuvo. Que aunque no busque mi provecho, bien sé que, si persevero en su cruz, que me llevará a su reino. A Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

24.—A UNA SEÑORA MONJA, ATRIBULADA.

*Enseñale cómo los trabajos son prueba de la fe y amor de los siervos de Dios; y cuánto deben ellos estar confiados en su Majestad en medio de sus trabajos.*

1. Recibida vuestra carta, di gracias a nuestro Señor porque os ha dado señal que vuestro llamamiento es de su mano; y la señal es que habéis padecido trabajos. No debéis alegraros poco, pues que el Señor os ama; ni debéis descuidaros, pues estáis entre los peligros. Mirando al que os llamó con tan grande amor, debéis cobrar mucho esfuerzo; porque no os llamó para desampararos en medio del camino, mas para guiaros debajo de sus alas hasta enseñaros en el cielo su faz. No se aduerma en vos la fe en Cristo ni el amor, que Él no dormirá para vuestro remedio. Pruebas son éstas que Él suele hacer con quien ama, para probarlos si le aman entre los trabajos, y confían en Él entre los peligros.

2. No es de agradecer que ame la esposa al esposo en presencia de él, ni es mucho que confíe de él siendo de él regalada; mas conviene que ausentándose él, y aun pareciendo que se olvida de ella, tanto más le ame cuanto más se le ausenta él, y tan-

to más confíe cuanto menores señales hay para ello. Bastaos, hermana, haber conocido por experiencia cuán amoroso ha sido Dios para vos, trayéndoos a su conocimiento. No le pidáis más señales de amor; mas certificada de ello, aunque os azote y parezca que de vos se olvida y extraña, no os turbéis, mas decid: «Probarme quiere, no atribularme.» Amad al Señor, aun Él os azote; confiad en Él, aunque no le gustéis; buscadle, aunque se os esconda; no le dejéis reposar hasta que recuerde (1) y responda; que si sois fiel en su ausencia, le veréis venir a vos con tanta ganancia, que gozando de su presencia, deis por bien empleado el trabajo pasado. Esforzaos a padecer, que a la medida de los trabajos os darán los consuelos.

3 No seáis amadora de vos, y seréis amadora de Dios; perdeos, y hallaros heis. Y si de una vez os fiásedes de Dios, y con amor os ofreciésedes a Él, no habría cosa que os espantase. De la poca fiucia nace la helada turbación, y por eso decía nuestro Señor (*Jn.*, 14): *No se turbe vuestro corazón ni tema; creéis en Dios, pues creed en Mí.* De manera que la fe con amor es causa del sosiego del corazón. No hay cosa que tanto os convenga tener para llegar al fin de la jornada en que Dios os puso, como confiar en Él con amor. Muchas y grandes pruebas os hará Dios; grandes tribulaciones se os levantarán de donde no pensáis: mas si de esta fe con amor estáis armada, todo lo venceréis.

4. Acordaos cómo los hijos de Israel, salidos de Egipto con tantos milagros, y pasando tantos trabajos hasta llegar a la tierra que Dios les había prometido, dijeron (*Num.*, 13, 29): *La gente que la posee es mayor y más fuerte que nosotros; tienen ciudades muy altas, que llegan sus muros al cielo; no podremos vencer cosa tan fuerte. ¿Para qué comenzamos este camino? Y aunque algunos que tenían fe, los esforzaban diciendo, que siendo Dios de su parte ligeramente vencerían, como hasta allí habían hecho, prevaleció tanto el temor, que se enojó nuestro Señor con ellos, y por la poca fiucia perdieron la tierra, y los mato Dios en el desierto, sin gozar de lo que habían trabajado y Dios les había prometido. Escarmentemos, hermana, en cabezas ajenas, y sepamos que se aplace Dios en los que le temen y esperan en*

(1) Recuerde. despierte.

su misericordia, y se enoja con los que no. Él os sacó del cautiverio de Egipto cuando inspiró en vuestro corazón deseo de ser suya, y os lleva por este desierto tan desabrido, donde unas veces falta el pan de la doctrina, por no haber quien lo reparta; otras, compañía que hable de Dios para que no se sienta el camino; otras, árboles de alegría, y en su lugar mil desconsuelos: ya se levantan tentaciones de dentro, ya de fuera, ya de extraños, ya de conjuntos. Mas a esto sólo atended, que quien hizo lo más hará lo menos. Quien de enemiga os hizo amiga, mejor os guardará siendo amiga. Quien no os desamparó desamparándole vos, no os dejará queriéndole vos. ¿Quién habrá que con verdad diga, que buscando a Dios no le ayudó Dios? No temáis, sierva de Cristo, en todo lo que os acaeciére y pudiere acaecer, en confianza del que os amó muriendo por vos. Vuestro favorecedor no es sino uno, mas mucho más puede que todos los que contradeciros pueden. No os parezcan grandes gigantes y fuertes ciudades las que habéis de combatir, porque no sois la que habéis de pelear; mas vos *callaréis, y el Señor peleará por vos (Exod., 14, 14)*. No huyáis vos de la guerra, ni os deis por vencida; *estad constante, veréis el favor del Señor sobre vos (2 Paral., 20, 17)*. Que en esta guerra, aquel sólo pierde la corona, que da a huir de la guerra. Flaca sois; mas en vuestra flaqueza enseñará Dios su virtud. Poco sabéis, mas Dios será vuestra guía. En vuestras miserias enseñará Dios sus misericordias. ¿Quién sois vos para pasar tales trances? Mas decid con David (*Ps., 17, 30*): *En mi Dios pasaré yo el muro*. ¿Quién vos para pelear? Mas decid: *Si se levataren contra mí millares, no temerá mi corazón (Ps., 26, 3)*. Creed, hermana, que cuanto es este negocio para vos difícil, tanto es para Dios ligero. Así desconfiad de vuestra flaqueza, que no desconfiéis de su fortaleza. Verdaderamente os coronará, si perseveráis en su amor, y confiáis que por su gracia alcanzaréis la corona.

5. No os olvidéis de aquella promesa de Cristo (*Mt., 10*): *Quien me confesare delante los hombres, confesarlo he yo delante mi Padre, que está en los cielos; mas quien me negare delante los hombres, negarle he yo delante mi Padre, que está en los cielos*. ¿Paréceos que se deben estimar por trabajos los que se pasan por confesar a Cristo, pues tal galardón se les dará, que Cristo con mucha honra el día del juicio

nos ha de confesar delante el Padre? ¡Bienaventurado padecer, y deshonra, y pobreza, a la cual tanta honra ha de suceder! ¿Qué será, hermana, oír de la boca de Cristo delante el mundo universo: *Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado?* (Mt., 25). ¿Qué será cuando los ángeles canten a la que aquí hubiere sido fiel sierva del Rey celestial: «Ven, esposa de Cristo, recibe la corona que el Señor te tiene aparejada», no para un día, mas para siempre? ¿Qué sentirán las esposas de Cristo cuando, pasado el mar de este mundo, quedando los enemigos que nos perturban en él ahogados, con gran alegría por haber pasado este peligroso mundo sin habernos ahogado en sus vicios, cantemos con gozo (Ps., 123, 7): *¡El lazo se ha quebrado, y nosotros hemos sido librados! Nuestro favor en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra?* ¿Qué será cuando la verdadera María, Virgen de vírgenes, vaya con su adufe (2) en la mano delante (Exod., 15, 20), que es su cuerpo sagrado, alabando a Dios en cuerpo y en ánima, cante diciendo (Ps., 31): *Engrandeced al Señor conmigo, y ensalcemos su nombre en concordia y compañía?*

6. Bienaventurada vos si fuéredes fiel al Esposo que os escogió. Bienaventurada vos si os atreviéredes a perder lo presente, debajo de la promesa certísima de Cristo. Fiad, hermana, de tan cierta palabra; que no sois vos la primera a quien la ha dado y cumplido, ni seréis vos a quien su palabra falte. Dióla a Catalina, Inés, y Bárbara y Lucía, con otras innumerables doncellas. Mas decidme ¡cuán por entero se la cumplió! Atreviéronse a despreciar lo presente; veislas que ahora reinan con Dios. Vivieron acá con trabajos, y ahora para siempre reinan y descansan. ¡Cuántos combates pasaron, y ahora gozan (3) de las coronas del vencimiento! Huyeron los esposos de la tierra, y agradaron al Rey de los cielos. Si este mundo hubieran seguido, ya fueran sus placeres pasados, y sus memorias en olvido puestas. Mas amaron al Eterno, y por eso ni su bien se acabará, ni su memoria se envejecerá. Fueron escritas en el libro de Dios, y por eso ni agua, ni viento, ni fuego, ni tiempo las podrá envejecer; porque aquel libro es incorruptible, y así lo es

(2) *Adufe*: pandero.

(3) *Gozan*; así la edición de 1588; la de 1578, *reinan*.

quien en él está escrito. Hermana, pues esforzaos en Dios vuestra salud; y no penséis que os vende caro su cielo, que aun no habéis derramado la sangre por Él como aquéllas la derramaron.

7. Trátaos nuestro Señor como a flaca, y habiades os de afrentar de ello. Si más fe y confianza tuviédes para confiar, y mayor amor para padecer, más peleas os procuraría el Señor, para que mayores coronas ganásedes. No os contentéis con padecer poco, pues tan grande será vuestro galardón, y tan mucho fué lo que Cristo por vos padeció. El dió su vida por vos, y fué despreciado e injuriado: ¿de qué os quejáis vos de una picadura de mosca? Amad, y deseareís padecer; dóblense vuestros amores, y sufriréis doblados dolores. El amor de Cristo hace a sus poseedores más codiciosos de padecer, que el amor de sí mismo de descansar: hace que pese poco la carga toda que le echan, porque *es más fuerte que la muerte* (*Cant.*, 8, 6). Quien no ama, gime, como animal perezoso, debajo la carga; mas el que sí, corre y vuela, porque las alas le hacen no sentir el peso del cuerpo, ni de cuanto le echan encima.

8. No son, hermana, grandes nuestros trabajos, mas es pequeño nuestro amor. No pesa mucho una libra de peso, mas un niño dice: «¡Ay, cómo pesa!» Si la alzase un hombre, ni aun miraría en ello. Y así, esto tomad por señal si tenéis poco amor, que os pesarán mucho los trabajos; y si mucho amor, ni aun mirareís en ellos; porque así os embebeceréis en amar, que ninguna cosa de aquel sabor os aparte. En el mismo padecer hallareís sabor, y de la piedra dura sacaréis agua (*Num.*, 20), y de las peñas sacaréis miel. Amad, y no trabajaréis, mas iréis sobre los trabajos como señora, bendiciendo a Aquel que os libertó. Si os amenazaren con muerte, diréis que venga en hora buena, para gozar de la vida; si con destierro, que adondequiera estáis desterrada hasta que veáis a Dios, y poco se os da ir al cielo desde la una parte de la tierra o desde la otra; si a Dios tenéis, dondequiera os irá bien; y si no, en vuestra tierra os irá mal. Si os viéredes despreciada, decid: «Cristo es mi precio, Él me precia: desprécienme todos, porque Él solo me precie.» Nos os afligiréis con la necesidad de las cosas presentes, porque vos misma las despreciareís por deseo de conformaros con Cristo, que se hizo hombre pobre por vos. ¿Qué cosa puede haber que os espan-

te? Si os ha herido el amor de Cristo, hollaréis los demonios, os reiréis de las amenazas, pasaréis con osadía entre los enemigos. Confiad de Aquel que ama a los que le aman. Todas las cosas podréis en Él. Id a comprar de Él, aunque os pida por él todas las cosas; y no estéis sin amor, aunque os cueste la vida. *Tesoro escondido es; mas quien le halla, todas las cosas vende para comprarlo*, porque con sólo él se halla más rico que con toda la muchedumbre de todas las otras cosas. Y si a todos conviene tener amor, ¿cuánto más a la que Cristo tomó por esposa? Al siervo conviene temer, al hijo honrar a su padre, mas a la esposa amar a su esposo.

9. Amad, hermana, a nuestro Señor y no tengáis reposo hasta que Él este don os conceda. Amadle, y con reverencia; que éste es el amor que le agrada. No le tengáis en menos porque se os comunique; mas admiraos cómo una alteza tan grande se abaja a una tan profunda vileza. De los mal criados es tener a un c en menos porque se hace como compañero, que si se hiciese como señor; mas los que viven en luz, más estiman al Señor, mientras Él más se les abaja. El verdadero amor de Cristo esta señal trae consigo en prueba que es de Él, que así como siente la bondad de Dios y la estima, así siente la maldad del hombre y la desestima.

10. Amad, pues, adorad, *servid al Señor en gozo; mas gozaos con temblor*, no que os haga temblar como a esclava por miedo de los tormentos, mas como a verdadera hija, que tiembla de dar un enojo a su padre; por pequeño que sea. Ninguna cosa de éstas podréis de vos; mas si os humilláis conociendo vuestras miserias, y os presentáis a menudo delante vuestro Médico, Cristo, con la oración, y lo metiéredes en vuestro pecho por la Comunión, y le oyéredes hablar en la lección, y os dejáredes curar con todo lo áspero que os acaeciére, tened confianza que poco a poco os irá sanando. No huyáis de sus manos, aunque os duela la cura, que Él os dará sana a su tiempo. Y por las penas que os enviare y placeres que de presente os quite, Él os dará su abundantísimo placer, que así como río os embriague, adonde os alegraréis para siempre, sin que bien ninguno os falte y sin temor de perderlo. Allí os daréis por contenta y pagada; porque más bien os será dado que vos podréis desear; el cual no es criatura, mas Criador de todas las cosas, ver-

dadero Dios, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

25.—A UNA SEÑORA.

*Que para servir a Dios, el padecer por su amor es lo más alto, seguro y cierto de todo lo que hay que escoger.*

SEÑORA :

1 En tanta ligereza de vida como es la que vivimos, razón es escoger lo mejor para el servicio de Cristo, y aquello ponerlo por obra con diligencia, porque después no nos arrepintamos de no haber sido siervos fieles al Señor, que tan fiel nos ha sido, y esperamos que nos será.

Muchas cosas hay en esta vida en que podemos poner nuestros ojos, pues que tenemos de Dios *el libre albedrío, para echar la mano a lo uno o lo otro* (Eccli., 15, 14).

Mas entre tantas, ¿qué escogeremos? ¿Por ventura placeres, que como humo se pasan, y dejan diez tanto dolor que trajeron de alegría? ¿O el estiércol de las riquezas, que suele cegar los ojos de quien las posee, y hacen ser dificultosa la entrada en el cielo? (Mt., 19, 23). No hay, señora, que mirar en cosa ninguna de aca, porque aunque uno las tenga todas, no tiene sino *afligimiento de espíritu*. y embarazo para caminar, y *vanidad de vanidades y todo vanidad* (Eccli., 1, 2). Por tanto, es bienaventurado quien aparta sus ojos de lo que tan presto se ha de pasar, y los pone en lo que nunca se acaba; adonde los placeres son verdaderos, por ser tomados en la verdad, que es Dios; y la riqueza es muy cierta, pues consiste en tener al que Él sólo basta para hacer rico con bienaventuranza inestimable al que a Él posee.

Mas para mirar y servir a este Dios hay muchas cosas, y unos se aficionan más a unas, y otros a otras, según el sentido de cada uno. A los unos aplace la vida activa, a otros la contemplativa. Unos se esmeran en la abstinencia, otros se hallan más esforzados para la castidad. Y así vemos haber florecido diversos Santos en diversas virtudes y dones de Dios.

2. Mas, señora. entre todo lo que acá hay para agradar al Señor, escojamos el padecer por su amor,

que esto es lo más alto, seguro y cierto. Y esto nos enseñó el Maestro de la verdad, que es Cristo; pues viniendo a este mundo, en esto principalmente se ejercitó, y a esto nos convida. Esto es cosa segura de polvo y de paja, pues no es conforme a la sensualidad, sino contra ella; y sólo el amor de Jesús nos hace que nos sepa bien, el cual es bastante para hacernos acometer y abrazar lo que de sí es desabrido y que hace huir.

¿Qué cosa significó que, viendo Moisés una serpiente delante de sí, se espantó y hechó a huir (*Exod.*, 4, 3), sino los que, mirando lo que padecen o han de padecer, se espantan, y no lo querrian ni aun ver de los ojos? Mas mandóle Dios que tornase a aquello de que huía; y no sólo tornase, mas *la tomase en las manos*; y obedeciendo a la palabra de Dios, halla en sus manos, no serpiente que muerde, sino *báculo* que sustenta. Y así acaece cada día a los que, obedeciendo en sus trabajos a la voluntad de nuestro Señor que los envía, y tomándolos en sus manos, que es ponerlos en obra y aceptarlos con obediencia, hallan no desconsuelo y alborotos, que con quejas fatigan el ánimo, mas consuelo de sustentación y esfuerzo, confiando que, pues Dios les envía tribulación, Él está cerca de ellos según su promesa (*Ps.*, 90, 15), y que pone su amor en ellos, pues los trata como a hijos amados, y como en este mundo trató a cuantos amigos en él ha tenido. Y así, *la tribulación obró paciencia, y la paciencia fué prueba del amor* y fe que en Cristo teníamos; *y la prueba obra esperanza* (*Rom.*, 5, 3); porque Dios ha prometido de hacer participante en su gozo al que lo es de su cruz. Y así se tornó la tribulación *báculo* y arrimo de nuestra flaqueza, pues que nos hizo confiar más y más en el Señor, y nos quitó las picaduras y quejas que la tribulación, antes de esto, nos daba como si fuera *serpiente*.

3. Sea, pues, señora, avisada en escoger lo que a Dios agrada, y no sea de aquellos que reprende el Apóstol San Pablo diciendo (*Hebr.*, 5, 12): *Era razón que fuéades maestros, por el mucho tiempo que ha que servís a Dios; y estáis tan niños, que habéis menester ser de nuevo enseñados en los principios de las cosas de Dios, y estáis más para mamar leche, que para comer pan con corteza, que es pan de grandes.* Mire, señora, que no aplace a su maestro el discípulo que, diciéndole la cosa muchas veces, se esta tan

rudo como a la primera vez; y que el médico toma fastidio cuando, en una medicina que muchas veces pone, no halla remedio por falta del enfermo. Y así quiere Dios que no siempre nos estemos en la leche de los regalos, mas que con ligereza corramos a El aunque sea por lanzas, y el fuego de nuestro amor quememe todo aquello que delante se nos pusiere; pues no hay cosa que tanto nos convenga como amor, y el amor no se puede probar sino con el dolor o tribulación. Y no debe quien a Cristo ama, quererse estar sin probar, si de verdad le ama o no; porque aunque mucho le duela la prueba, más consuelo le da ver que *le ha Dios examinado con fuego, y no se ha hallado maldad en él* (Ps., 16, 3), ni ha tornado atrás de la empresa que había comenzado. Gran honra es estar firme en lo que mucho nos amarga; y otro igual placer no damos a Dios, que cuando muy de corazón somos angustiados por Él, y bebemos aquel cáliz, en compañía del que Él por nosotros bebió.

4. En esto, señora, ponga sus ojos, pues que Dios quiso escogerla para que mirase a Él. No se acobarde de pelear las peleas del noble amor del Rey celestial: no tenga por tiempo bien empleado sino el que por su Amado padece; que este solo tiempo le puede dar alivio y conjetura que ama al Señor. Que en lo demás, aunque sea ser llevada al tercero cielo, no sabe si se ama a sí o ama a Él; porque quizá es su placer porque se cumple lo que desea, y no puramente porque se cumpla lo que quiere Dios. Y pues para amar a Él está dedicada y comprada, mire que se haga bien y a la continua su oficio, para que, como mujer hacendosa, aparezca el día del juicio, rica en amor, y despedazada en la guerra de él; a semejanza de Cristo, que murió en la pelea de aqueste amor, convidando a cuantos le aman a padecer de lo que Él padeció, y a responder con amor a su amor, y estando aparejado a darse en galardón eterno a los que estos amorosos trabajos pasaren por Él. Una de las cuales será vuestra merced, por la gran misericordia de quien la escogió.

## 26.—A UNA DONCELLA

*Que le pregunto qué cosa era caridad. Enseñale, por el amor y caridad de los Santos en el cielo, el amor y caridad que ella ha de tener a Dios y a los prójimos en la tierra.*

## DEVOTA ESPOSA DE CRISTO :

1. Pedísme en vuestra carta que os escriba qué cosa sea caridad, para que guiásedes vuestra vida por ella: Porque siendo verdad la sentencia del Apóstol (1 Cor., 13), si estamos sin ella, todo cuanto hiciéremos, aunque sea entregar nuestros cuerpos a llamas, todo vale nada. La petición es muy grande, y quisiera que el mismo Apóstol San Pablo, cuya sentencia os movió a preguntarlo, os respondiera; porque no sé yo qué mayor cosa me pudiéades pedir que ésta, pues que en ello consiste lo supremo de nuestra cristiana religión, y quien la guarda, dice el mismo Apóstol que *cumple toda la ley*. Así que, devota esposa de Cristo, suplicad al Espíritu Santo, a quien se atribuye el amor, que os enseñe en el corazón qué cosa sea lo que preguntáis, como lo enseñó el día de Pentecostés infundiéndose en los santos Apóstoles. Que el verdadero Maestro de este lenguaje, sabed que no es otro sino Él.

2. Porque ¿qué podría decir mi lengua terrena del lenguaje que se trata en los cielos? Ese lenguaje es celestial; los que del todo lo ejercitan, los bienaventurados son, los cuales no entienden en otra cosa sino en amar verdaderamente con todas sus fuerzas a nuestro Señor Dios, y a todo aquello que Él quiere que amen. ¿Cómo os podré yo decir del amor que ningún interés ni amor propio tiene, ni mira a otro hito ni fin sino a Dios, habiéndome dejado mi padre Adán todo revuelto hacia mi propio interés, y vuelto a que me busque a mí en todo? Mirad qué tanto, que aun en las cosas de Dios estamos tan torcidos hacia nosotros, que muchas de ellas las hacemos por nuestro provecho e interés; que aunque las obras sean santas, el amor con que se hacen todavía es propio. No tiene otra diferencia sino que cuando lo buscamos con obras malas corría por caño de barro, y después, buscándole por obras buenas, corre por caños de oro; pero, en fin, hacia nosotros corre. Plega a nuestro

verdadero Maestro Jesucristo, el cual siempre buscó la honra de su Padre (*Jn.*, 6), cuyo amor lo abajó a este mundo, *no a hacer su voluntad, sino la del que lo envió*, que abra mi lengua para que os diga algo de lo que deseáis. Que cierto, si vuestro buen deseo no me forzara a deciros algo de lo que he leído, mi poquedad me hiciera callar.

Mas para que entendáis qué cosa es caridad y cómo andéis siempre ocupada en ella, querría que supiésedes algo del amor que los bienaventurados tienen en el cielo, para que de aquél vengáis a conocer en qué consiste la caridad verdadera; porque tanto cuanto más a aquel amor nos llegáremos, tanto más tendremos del amor perfecto.

3. Habéis de saber, hermana, que el amor del cielo tiene a los Santos transformados en un querer con el de Dios nuestro Señor (1). Porque uno de los efectos del amor, según dice San Dionisio, es hacer que las voluntades de los amados sean una; quiero decir, que tengan un querer y un no querer. Y como el querer y el amor que nuestro Señor tenga no sea sino de su gloria y de su Ser sumamente perfecto y glorioso, de aquí se sigue que el amor de los Santos es un amor y un querer con que aman y quieren con todas sus fuerzas que el Señor Dios sea en Sí tan bueno y tan glorioso, tan digno de honra como es. Y como vean en Él todo aquello que ellos desean, sígueseles de aquí el fruto del Espíritu Santo (*Gal.*, 5), que es un gozo inefable de ver a quien tanto aman tan lleno de bienes y tesoros en Sí mismo. Y si queréis rastrear algo de este gozo divino, mirad cuán grande es el alegría que recibe un buen hijo de ver a su padre, que mucho ama, honrado y querido de todos. sabio, rico, poderoso, honrado y muy estimado del Emperador (2). Ciertamente, hijos hay tan buenos, que dirían que no hay cosa a que se compare el alegría que reciben de ver a su padre tan estimado; tanto que, por mucha necesidad y aflicción que ellos tengan, no basta para quitarles tan gran gozo, porque ellos no pretenden sino el bien de sus padres. Si este gozo es tan grande, ¿qué os parece, hermana mía, que será aquel gozo de los Santos, viendo a su verdadero Señor, Criador uni-

---

(1) Véase el Sermón 11 de la Asunción.

(2) Recuérdese que el autor escribía en tiempos del Emperador Carlos V.

versal, en quien tan transformados están por amor, tan bueno, tan santo, tan lleno de hermosura y tan infinitamente poderoso Señor y Criador, que por su solo querer todo lo criado tiene ser y hermosura, y sin Él no se puede menear una hoja en el árbol? Cier- to, gozo es *que ojo nunca vió, ni oreja oyó, ni en co- razón de hombre pudo entrar* (1 Cor., 2) conoci- miento tan inefable sino en Aquel que lo tiene y posee.

4 Veis aquí, hermana, el amor que los Santos tie- ren en el cielo, hablando conforme a la poquedad de nuestro entendimiento. Y de aqueste *rio caudaloso, que alegra a la ciudad de Dios* (Ps., 45), sale el amor del prójimo en el cielo. Que como todo el deseo y gozo de los Santos sea ver a su Dios—amor verdadero suyo—lleno de gloria y honra, de aquí salen con un ferventísimo amor a amar, y querer que todos los Santos sean tan llenos de gloria y hermosura como son, y gozarse en gran manera de aquesto, porque en ellos se glorifica y honra Aquel cuya honra y gloria solamente pretenden. Y porque la causa de amar a los Santos es ésta, de aquí se sigue que más se gozan y quieren la gloria y hermosura de los mayores San- tos que de la suya propia, porque ven a su bendito Señor más glorificado en los otros que en ellos. Bien veréis, hermana, cuán lejos anda de esta santa com- pañía el amor propio y la envidia que de él nace.

Mas diréisme que de ahí se sigue que tendrían algún pesar, porque ellos también no están muy crecidos, pues que crece la gloria de su Dios en ellos.

No se sigue, mirando el primer efecto del amor, que es unir voluntades; porque ellos están transformados en el querer de Dios, y no quieren más de lo que su Señor quiere; y porque ven que, tener uno más glo- ria que otro, fué por quererlo así el Señor Dios, de aquí vienen a estar muy contentos con la gloria que a ellos les dió. Y también porque la diversidad de gra- dos de gloria en los bienaventurados, más hermosea la ciudad de Dios que si todos estuvieran de una co- lor; como es más suave la música de una vihuela, porque tiene diferentes cuerdas y de diversos soni- dos, que si todas fueran de uno solo. Y si es así, que habiendo diferentes grados de gloria *y diversas man- siones en la iglesia triunfante* (Jn., 14), está más her- mosa que si todas tuvieran una misma gloria, de aquí ven que su Señor está más honrado en ellos que

si todos estuvieran iguales, y así no tienen ellos pena por tener menos gloria que otros; porque ellos con sus colores, y los otros con otras más subidas, todos concurren en manifestar la infinita bondad y hermosura del que los crió

Veis aquí, hermana, el río que vido (3) San Juan en el Apocalipsis (22) salir de la silla de Dios y del Cordero, del cual beben los bienaventurados en el cielo; y con este amor inebriados (4) cantan aquel *aleluya* perpetua (Apoc., 19), glorificando y bendiciendo a nuestro Señor Dios.

5. Bien habéis ya conocido algo de aquel esmalte con que están esmaltadas aquellas piedras preciosas con que está fundado el templo del monte celestial. Pues a la semejanza de este templo que habéis visto en el monte, habéis de fabricar la morada de vuestra ánima para el Señor; como le dijeron a Moisés, que mirase que hiciese el tabernáculo al traslado del que habia visto en el monte (Ex., 25).

Habéis, hermana—si queréis andar en perfecta caridad y amor del Señor el camino de esta vida—, de traer un querer perpetuo, o el más continuo que pudiéredes, con que siempre queráis que nuestro Señor Dios, delante del cual habéis de andar, sea en Sí tan bueno, tan santo, tan lleno de gloria como en Sí mismo es; así con un gozo y complacencia en todos los bienes de Dios, holgándoos y regocijándose vuestra ánima en ver que vuestro Señor, verdadero amor, tiene todo aquello, que es infinitamente bueno y poderoso, de quien recibe todo lo criado ser y hermosura. el cual en Sí mismo es tan lleno de gloria y de bondad que todos tienen de Él necesidad, y Él de ninguno: éste ha de ser el blanco donde ha de tirar vuestro amor. Y en esto dice Santo Tomás (5) que consiste la perfecta caridad. Porque el amor que los nuevos devotos dicen ser caridad, que es cuando están encendidos en devoción, amando tiernamente al Señor, aunque es santo, no es de tan altos quilates como este santísimo amor que transforma las ánimas en su Amado. Al cual amor nos convida la Escritura en muy muchos lugares, diciéndonos (Ps., 96): *Alegraos los justos en el Señor*. Y San Pablo (Phil., 4, 4), nos dice:

(3) *Vido*: vió.

(4) *Inebriados*: embriagados.

(5) 2. 2. *De charitate*.

*Gozaos en el Señor.* Y pareciéndole que no era consejo éste para decirlo una sola vez, torna a repetir diciendo: *Otra vez os digo que os gocéis.* Esto mismo nos dijo el Profeta David cuando dijo (Ps., 36, 4): *Delectaos en el Señor, y daros ha lo que pidiéredes.* Este es el gozo en que se alegró la Virgen Santísima cuando dijo (Lc., 1): *Alegróse mi espíritu en Dios mi salud.* Y con este gozo se alegró Cristo, cuando dice San Lucas (10, 21), que se alegró Jesús en el Espíritu Santo. Y el Real Profeta dice (Ps., 83), que *su corazón y su carne se alegraron en Dios vivo*, lo cual acaece cuando el ánima está con su voluntad (que *corazón* allí, *voluntad* quiere decir) actualmente amando, y queriendo que el Señor sea en sí quien es. Y de la gran redundancia, que procede de la alegría que tiene, se enciende la misma *carne* en amor del Señor. Y por ser cosa tan divina y celestial este amor, por eso la Iglesia, regida por Espíritu Santo, en el principio de los Maitines nos convida con el invitatorio a amar al Señor, diciéndonos (Ps., 94): *Venid, alegraos en el Señor, y cantemos cánticos de alabanza a Dios nuestra salud.* Y si queréis ver la excelencia de este amor, ejercitadlo, y veréis como no se satisface el ánima si no alaba al Señor. Que parece que como ve en su Dios cumplido lo que ella quiere, prorrumpe luego en hacimiento de gracias por haberle cumplido su deseo en bendecirle, que es el mismo efecto que sigue al amor del cielo, diciendo el Profeta David (Ps., 83, 5): *Bienaventurados son, Señor, los que moran en tu casa, que en los siglos de los siglos te alabarán.* En este amor estaba inflamado San Agustín cuando dijo, hablando con el Señor: Si Vos fuédeses, Señor, Augustino, y yo Dios, haríaos yo a Vos Dios y haríame yo Augustino. No creo que era menester traer más testimonios para probar la grandeza de este amor porque la misma razón dice que éste es el amor que saca al hombre de sí, y le transforma en Dios su amado.

6. De este amor, hermana, se ha de seguir que todas vuestras obras, y ejercicios y oraciones habéis de hacer en gloria y honra de este Señor, el cual merece ser servido y adorado por su sola bondad de cuantas criaturas ha criado, sin que tengáis otro respeto que os ha de galardonar lo que hiciéredes; porque aunque sea bueno y santo servirle al Señor *por retribución* (Ps., 118, 112), pero no es de perfecta caridad, la cual no busca interés, sino sola la gloria y